C
860
A.

PQ6503
.A649
A6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA DE DAVID, *calle de Cadena núm.* 19.

DON JUAN DE AUSTRIA,

O LAS

GUERRAS DE FLANDES.

NOVELA ORIGINAL ESPAÑOLA

Por D. Juan de Ariza.

PRÓLOGO.

Las guerras de Flandes, comenzadas en el reinado del Sr. D. Felipe II, y legadas á sus sucesores como una herencia maldecida, han ligado tan estrechamente la historia de los Paises Bajos con la nuestra, que puede juzgarse una misma; y los mas diligentes escritores contemporáneos á los sucesos, nos han trasmitido aquellas guerras con sus mas curiosos pormenores, como dignas de ser estudiadas por los remotos descendientes de los ilustres capitanes y de los valientes soldados que regaron con su sangre española aquellas provincias lejanas, defendiendo los derechos de sus monarcas y la católica religion contra los errores de Calvino. En esta lucha secular hay cuadros de grande interés, que ofrecen un estenso campo al novelista y al poeta: hay otros de mas reducidas dimensiones, pero interesantes tambien bajo diferentes aspectos. El gobierno de D. Juan de Austria, de corta duracion y desempeñado en circunstancias muy difíciles, fué el principio de la grande epopeya desarrollada por el príncipe Alejandro Farnésio, y encierra lecciones muy útiles para los reyes y los pueblos.

Entusiastas admiradores del pacificador de las Alpujarras é ilustre vencedor de Lepanto, no hemos podido resistir al deseo de unir su nombre á las guerras de Flandes, y hemos elejido por lo tanto el breve periodo de su gobierno como asunto de la novela que nos proponemos escribir. El héroe es grande, la época fecunda en peripecias, y, como hemos dicho poco antes, en muy saludables lecciones: abramos el libro de la historia, y amenizando sus principales cuadros con el atractivo de la fábula, procuremos instruir deleitando á los que recuerdan con orgullo las antiguas glorias nacionales.

Al escribir este breve prólogo, se nos ocurren algunas ideas relativas á la novela, considerada bajo el doble aspecto de novela histórica y de costumbres: las que apuntarémos sin temor de ser tachados de parciales, pues hemos ensayado ambos géneros en producciones anteriores. Consideramos necesario escribir novelas de costumbres para trasmitir á las edades las peculiares de la época; pero desconfiamos de su écsito, porque si son fieles retratos de la sociedad en que vivimos, herirán susceptibilidades, pareciendo al mismo tiempo pálidos á los que gustan de la ecsajeracion en los tipos y en las palabras del denuesto; y segun nuestra humilde opinion, presentar la caricatura en la novela es lo mismo que si á una mujer, educada desde la niñez en el mas rigoroso aislamiento, para hacerla concebir justa idea del hombre se la presentara un pigmeo, un orangutan ó un jigante. En cambio, la novela histórica tiene, á lo menos, la ventaja, desempeñada con conciencia y con acierto si es posible, de enseñar algo, no solamente á muchas personas que arrojarian con mortal hastío al historiador mas diligente, sino tambien á las mas familiarizadas con historias, crónicas y anales; pues muchas veces presenta el novelista observaciones filosóficas que escaparon al historiador, y que son ajenas del cronista.

Las anteriores reflecsiones, hijas de nuestro buen deseo, podrán volverse en nuestro daño, estando muy lejos de poseer las dotes que en el novelista ecsijimos.

PRIMERA PARTE.

MAESE CORNELIO ESTRATEN.

CAPÍTULO I.

EL PRO Y EL CONTRA DE UNA REJA.

Nos encontramos en Bruselas en la noche del 3 de Mayo de 1577. Desde el palacio del gobernador, colocado en una eminencia, vamos á echar una ojeada sobre la capital del Brabante, orgullosamente reclinada desde la cumbre hasta la falda de una estensa y fértil colina. En primer término encontrarémos la anchurosa plaza de palacio, rodeada de estátuas de bronce, debidas á los antiguos duques de Brabante y Borgoña, que supieron hermosearla. A corta distancia se levanta la sombría iglesia de Kouvemberg, célebre por sus tradiciones y por sus magníficas alhajas, enteramente iluminada con vasos de color de rosa. Descendiendo por una ancha calle, poblada de hermosos edificios caprichosamente iluminados, encontramos la ciudad baja y el canal del Sena, en cuyas aguas se balancean un grandísimo número de naves y algunas galeras españolas, vistosamente empavesadas é iluminadas con trasparentes de colores. No lejos se ven las iglesias de Santa Catalina, San Juan y San Agustin, iluminada la primera con vasos de color de oro, la segunda con vasos verdes, y con azules la tercera, así como el célebre colegio á que está ceñida; manifestando el mérito artístico de su magnífica portada. Tambien se descubren los mercados del pescado y de las verduras, convertidos en masas de luz; y la torre de San Nicolás, que sirve de reloj á Bruselas, se levanta como un jigante, coronada de vasos blancos; mientras las dos soberbias torres de la colegial de Santa Gudula, ostentan sus vasos morados, melancólicos y sombríos, y la de San Miguel los suyos de color de flor de granado, mas vivos y mas esplendentes. Otras iglesias y conventos imitan á las principales; siete en número, como las puertas de la ciudad, las familias nobles y los regidores plebeyos. En una plaza, á cincuenta pasos de la iglesia de San Nicolás, se alza el palacio consistorial, de sólida y magnífica estructura, y cuya gran torre de piedra, que casi se pierde en las nubes, presenta en su iluminacion todos los colores del íris, mañosamente combinados.

Las torrecillas de las murallas y las hermosas casas de placer, labradas entre el doble recinto, tambien están iluminadas, y parecen grupos de estrellas en un cielo azul y despejado.

Con el silencio de la noche se percibe el sordo murmurio de las mil fuentes que se deslizan de sus pilas iluminadas, y los cantos de los marineros, apagados de vez en cuando por los repiques de las campanas y los redobles del tambor.

El palacio del gobernador apenas se divisa en las sombras, y el de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, desde cerca lo contempla y lo desafía. Casi es inútil advertir, que en las torres y pabellones de este antiquísimo palacio no se divisa luz alguna, pues el guerrero calvo y calvinista, como á sí propio se apellida, no puede celebrar el gobierno de D. Juan de Austria, príncipe magnánimo, valiente y muy capaz de poner á raya su desmesurada ambicion.

En esta ciudad rasplandeciente como los palacios de algunos cuentos orientales, llama la atencion un edificio casi contiguo á la iglesia de Kouvemberg, que permaneciendo apagado, protesta silenciosamente contra el regocijo general. Sin embargo, puede notarse que en su mas elevada torrecilla arde una tea, mas parecida á una señal que á una sencilla luminaria. Este edificio pertenece á maese Cornelio Estraten.

Cornelio Estraten contaba entonces cuarenta y nueve años cumplidos; tenia cinco piés y diez pulgadas de estatura, anchas espaldas, nariz remangada y granujienta, cabellos crespos y muy rojos, labios gruesos, cara apoplética, ojos bizcos, y unas fuerzas proporcionadas á su colosal estatura, y al oficio de herrero que habia ejercido muchos años.

La fortuna de Cornelio Estraten habia crecido rápidamente, y sobre la puerta principal del mejor almacen de armas que se conocia en todo el Brabante, se leia en hermosas letras de bronce: CORNELIO ESTRATEN, FABRICANTE DE TODAS ARMAS Y DE TODA CLASE DE ARNESES.

Pero no consistia la importancia de nuestro herrero solamente en sus envidiables riquezas: maese Cornelio era representante de su gremio en la congregacion conocida con el nombre de *las Nueve Naciones*, y uno de los regidores plebeyos de la municipalidad de Bruselas. Tambien era muy popular por el odio que habia manifestado siempre á los soldados españoles, y por lo mucho que habia gritado hasta conseguir salieran de Flandes los valientes tercios castellanos.

El vestido del robusto armero se componia generalmente de un grueso coleto de ante, unas anchas trusas de gamuza, medias azules, unos zapatos de becerro, un cinto de la misma materia y un sombrero de grandes alas. Este traje sufria sin embargo modificaciones frecuentes, cuando ejercia maese Cornelio, en actos públicos ó privados, sus funciones municipales.

Aunque vamos á penetrar en la casa de maese Cornelio, bello y anchuroso edificio, describirémos solamente la parte que nos sea preciso conocer para el curso de nuestra historia.

Un salon de treinta piés de ancho, veinte de alto y cuarenta y cinco de largo se nos presenta en primer término, y están sus muros tapizados de arcabuces, espadas, picas, dagas y arneses; todos sin haberse estrenado, y obras maestras de los talleres de maese Cornelio Estraten. Al rededor de la gran sala se veian en desórden sitiales y grandes sillones de cuero, que ofrecian sólidos asientos á los ordinarios comensales del mas rico armero de Bruselas.

Arduos é importantes negocios se habian tratado varias veces en aquella brillante armería y en muy numerosas reuniones; pero á la sazon reinaba en ella el mas religioso silencio, y en cierto modo las tinieblas; pues solo se hallaba alumbrada por una lámpara moribunda, y dos hombres que se paseaban á lentos pasos y en encontradas direcciones, no se dirijian la palabra, y aun se miraban alguna vez con desconfianza y embarazo. Estos hombres eran el armero y el señor de Santaldegonde.

En un costado de la sala, y bastante prócsima al testero, se descubria una pequeña puerta primorosamente tallada. Pasado el umbral veia el curioso un elegante camarin, que hacia manifiesto contraste con la bien provista armería. Tapices bordados de flores y pájaros cubrian los muros, y una rica alfombra de Persia dejaba oculto el pavimento. Cortinas de damasco azul, sitiales de la misma tela, algunas pinturas de mérito, un retrato de D. Juan de Austria, un magnífico espejo de Venecia y un candelabro de plata labrada, formaban el amueblaje de la estancia, alumbrado por dos bujías adornadas con papel picado y colocadas sobre una mesa de labor.

En el fondo de este gabinete se veia una ventana colosal, resguardada por una reja muy embutida en la pared.

¿A quién pertenecia este aposento? Vamos al punto á revelarlo.

Al empezar á enriquecerse se casó Cornelio Estraten con una mujer bastante hermosa, fina y buena, muy poco prendada del armero, pero que tuvo que cumplir la voluntad de un padre avaro. Infeliz en su matrimonio, solo halló consuelo á sus penas ocupándose en la educacion de la única hija que le dió el cielo, llamada María, como ella.

La esposa de maese Cornelio murió teniendo el sentimiento de dejar á su hija, en edad de diez y siete años no cumplidos, entregada á sus propias inspiraciones, y al cariño peligroso por lo imprudente de maese Cornelio Estraten. A los cuidados de su madre debió la niña, como hemos dicho, una educacion esmerada, muy contraria al gusto del armero, pero que realzaba en sumo grado sus buenas dotes naturales. A los diez y siete años María tocaba el clave divinamente, cantaba como una sirena y bailaba como una sílfide. Sus labios frescos y rosados, sus largos cabellos castaños, su rostro lijeramente oval, su nariz correcta y su tez blanca y lijeramente sonrosada, le daban un aspecto infantil; pero sus ojos de un pardo obscuro, sombreados por largas pestañas y coronados por unas cejas valientemente dibujadas, revelaban noble altivez; destellando, como debieron destellar, los del jóven Eugenio Beauharnais cuando pidió á Napoleon la perdida espada de su padre.

Su estatura, mas que mediana, era tan esbelta y flecsible como la palma del desierto: sus piés y manos tan pequeños, como los de una niña de diez años.

Todos los galanes de Bruselas rondaban la calle de María, codiciosos de sus encantos; la daban frecuentes serenatas y se cruzaron los aceros mas de una vez bajo su reja; todas las hermosas mujeres envidiaban una belleza que no reconocia rival.

El carácter de la doncella variaba de un modo sensible; ya era melancólico y dulce, ya alegre y travieso quizás, ya entusiasta y arrebatado. Tenia amor á todo lo grande y desdeñaba todo lo pequeño; como el águila á las demas aves que no pueden mirar el sol.

No necesitamos añadir que el elegante gabinete pertenecia á la hermosa jóven; la cual estaba reclinada contra la reja como en actitud de escuchar.

Vestia la jóven un rico traje de batista guarnecido de hermosos encajes de Malinas, tanto en el cuello del corpiño cerrado y ceñido, como en las estrechas mangas que mostraban los bellos contornos de sus brazos. Sobre esta túnica virginal caia un ropon de terciopelo negro con flotantes mangas perdidas. Este ropon, cerrado sobre el pecho con seis botones de rubíes, estaba sujeto á la cintura por un ceñidor de las mismas piedras, que caia en forma de cordon hasta el mismo ruedo de la falda. Los cabellos, echados hácia atrás, dejaban ver una frente tersa y despejada, fruncida momentáneamente por una vivísima impaciencia.

Sonaron tres fuertes palmadas; la blanca frente de la jóven se desarrugó de improviso, y asomó á sus delgados labios una sonrisa de noble orgullo; dejó su antigua posicion, como de todo punto inútil, y colocando su hermoso rostro entre dos barras de la reja, preguntó con voz dulce:

—¿Sois vos?

—Yo soy, la respondió una voz de hombre.

—¿Y qué quereis?

—Veros.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque me lo impide esta reja.

—La sala inmediata, señora, tiene magníficos balcones.

—Pero se encuentra en ella mi padre.

—Es una gran desgracia, señora.

—No puedo evitarla.

—Lo creo; pero un amante como yo no debe desmayar jamás por un contratiempo, señora. Me contentaré con oiros.

—¿Qué teneis que decirme?

—Mil cosas.

—¡Mil cosas!

—No os asusteis por tan gran número; pueden reducirse á dos palabras. ¿Quereis oirlas?

—Conforme sean.

—Pueden ser muy desagradables, y muy agradables tambien.

—En esa duda....

—Lo mejor será decirlas pronto.

—¿Cuales son esas dos palabras?

—Que os amo.

Hubo un momento de silencio y la voz de hombre prosiguió.

—¿Os ofende mi amor, María?

—¿Sabeis ya mi nombre?

—¿Quién ignora en Bruselas el nombre de la hija de Cornelio Estraten?

—¿Sabeis tambien el nombre de mi padre?

—Conozco muy bien al representante de una de las *Nueve Naciones*. Su fama no se encierra en Bruselas, circula por toda la Flandes y hasta se repite su nombre en el palacio de Madrid.

—¿Y vos, quién sois?

—Un caballero.

—¿Un caballero nada mas?

—No tengo título de conde, de duque, ni marqués, señora.

—¿Pero tendréis un nombre propio?

—Eso sí, mi nombre de pila. Soy cristiano viejo y católico.

—¿Cómo os llamais?

—Juan.

—Muchos Juanes trae el príncipe en su comitiva.

—Los españoles y los moros son muy afectos á San Juan.

—Vienen con él Juan de Escobedo, Juan Bautista de Tarsis, Juan de Gante; y hasta el príncipe se llama Juan. ¿Sois alguno de ellos?

—Quizá sí.

—¿Juan de Escobedo?

—Quizás no.

—¿No me diréis vuestro apellido?

—¿Para qué necesitais saberlo?

—Cuando amamos á un hombre....

—Basta con saber que el hombre tambien ama.

—¿Os incomodaréis, caballero, si os hago una nueva pregunta?

—Podeis preguntar, hermosa mia, sin temor de que me incomode.

—¿A qué nacion perteneceis?

—Me es muy dificil contestar. ¿Qué os parezco?

—Aleman ó austriaco.

—Pues tenedme por aleman.

—Pero como vestís enteramente á la española....

—¿Os parezco?

—Español.

—No me opongo á que me tengais por español.

—Pero si dudo....

—Si dudais tenedme, María, por ambas cosas.

La jóven nada respondió á las palabras de su amante, muy ofendida y recelosa de tan importuno misterio: Juan adivinaba la causa de aquel silencio sepulcral, y como no podia ó no le convenia desvanecerla, pensó en una prudente retirada; mas ocurriéndosele una idea, se apresuró á decir:

—María, ¿estais enojada otra vez?

—Caballero, quien calla su orígen y apellido da á entender....

—Que dista mucho vuestra ventana de la calle y que no puede pronunciarlo en alta voz sin comprometer su persona. Pero si quereis....

—No; calladlo. ¿Me lo diréis cuando no estemos en peligro?

—Y ahora mismo si lo mandais.

—Quedo satisfecha.

—Me alegro en el alma, María. Veinte pié distante de vos, con una reja de intermedio y enojados, eran tres plagas que yo no podria resistir.

—¿Me amais mucho?

—Con toda mi alma, con arrebato, con locura.

—¿En tan poco tiempo?

—Sí, María. ¿No nos conocimos por ventura de una manera casual, y no produjísteis en mí una impresion viva y profunda?

—Me acuerdo de todo.

—Contad.

—Me encontraba yo, antes de ayer tarde, en mi balcon, y ví venir á un caballero sobre un poderoso caballo: el brioso animal galopaba y su dueño le dirijia con jentil donaire y destreza. Vestia enteramente á la española y flotaba su blanca pluma como la crin de su corcel: un escudero le seguia á pocos pasos de distancia. Al igualar con mi balcon, acortó el bizarro caballero el galope del fogoso bruto, me dirijió una ardiente mirada, y como temiendo que lo espiasen, desapareció á rienda suelta. Aquella noche le ví rondar embozado en una ancha capa; á la noche siguiente tambien; pero en el momento de retirarse me dijo con voz conmovida: "Mañana á las nueve de la noche daré tres palmadas bajo la reja de vuestro gabinete; tened la bondad de esperarme, porque os amo con frenesí."

—¿Pues si me enamoré al galope, será estraño que haya corrido mi amor, María, con mas rapidez que mi caballo?

—¿No me engañaréis?

—¡Engañaros! Mi felicidad, hermosa María, toda consiste en vuestro amor, y ningun hombre renuncia voluntariamente á su eterna felicidad. Pero decidme, beldad mia, ¿no desaparecerá nunca la distancia que en este momento nos separa?

—¿De qué manera?

—De cualquier modo: pues es un martirio escuchar el dulce metal de vuestra voz, y no ver dos hermosos ojos tan lánguidos y seductores.

—¿Qué quereis?

—¿Qué he de querer, señora? Deseo, en primer lugar, que vengan los moros, los calvinistas, con el príncipe de Orange al frente, ó los franceses con el señor duque de Alenzon, á poner sitio á la ciudad.

—¡Qué horror!

—Deseo, en segundo, que se nos acabe la metralla.

—¿Para qué?

—Para mandar reducir á metralla todas las rejas infernales que privan á un amante ver el ídolo de sus amores.

—Estais terrible.

—¿Qué quereis? Esa reja está tan embutida en la pared; y en toda Bruselas, que se distingue por sus anchas y hermosas calles, no se encuentra una tan estrecha como esta desventurada, ni edificio tan importuno como la iglesia de Kouvemberg.

—Retiraos hácia la pared.

—Nada, nada por mas que me empino y forcejo. Esta condenada pared se desploma sobre mis espaldas é inutiliza mis esfuerzos. ¿Me descubris?

—Solo descubro el vértice de vuestra pluma.

—¡Qué feliz es mi pluma, señora; y yo qué desgraciado soy por no haber crecido tres cuartas mas! Quisiera convertirme en pluma, en pájaro....

—¿Estais loco?

—Quizá lo estoy; porque esto es mil veces peor que hablar por el ojo de la llave.

—¡Silencio!

—¿Qué teneis?

—Me acaba de llamar mi padre.

—¿Cuando nos verémos ó hablarémos?

—Mañana, en este sitio y á esta hora.

—Hermosa María, hasta mañana.

El caballero se alejó, y maese Cornelio Estraten entró en el cuarto de su hija. El armero se dejó caer sobre un sitial, que estuvo á punto de romperse: cogió á María por la cintura, la sentó sobre su rodilla, y la dijo con voz bronca y aguardentosa al mismo tiempo:

—En ese salon inmediato se encuentra Felipe de Marnis, señor de Santaldegonde, que pide tu mano para sí. ¿Qué le respondo?

María no manifestó sobrecojerse con peticion tan inesperada, y dijo á su padre, despues de haberle dado un beso:

—Respondedle, que lo pensaré.

—Tienes mucha razon, María. Esas cosas no se improvisan. Pero se me olvidaba. Jorge Matren, el posadero de la plaza del Arenal, me encontró esta mañana y me dijo: "Tengo un muchacho de veinte y tres años, robusto y alto como un pino; tú tienes una hermosa hija de diez y siete años; somos ricos. ¿Te parece que los casemos?" ¿Qué le respondo cuando lo encuentre?

—Respondedle, que lo pensaré.

—Bien, María. Dame otro beso, que voy á darle tu respuesta al caballero Felipe de Marnis.

La jóven imprimió sus labios en las mejillas de su padre, y el armero fué á dar á Felipe la ambigua respuesta de su hija.

Al verlo entrar en el salon le preguntó Marnis:

—¿Qué responde la hermosa María?

—Que lo pensará.

—¿Y maese Cornelio Estraten, qué dice sobre lo que tanto nos importa?

—Pregunto lo mismo que antes: ¿no habeis visto desde el palacio del príncipe de Orange una sola luz en mi torre?

—La he visto.

—Bien sabeis lo que significa.

—Desearia alguna esplicacion.

—Voy á darosla en pocas palabras. Pasó la ocasion: es muy tarde, ó por lo menos muy temprano.

CAPÍTULO II.

LA ESPADA Y LA OLIVA.

El palacio del gobernador está situado entre los dos recintos de murallas de Bruselas, en la parte mas elevada de la ciudad, y rodeado de hermosos y estensos jardines. Se entra primero en un gran atrio, notable por su construccion, en la que se ven todos los órdenes de arquitectura, y por la fuente que en su centro arroja arroyos de cristal. A la derecha hay un pabellon poco elevado, y á la izquierda una espaciosa galería, en donde se venden juguetes y adornos de poco valor. De esta espaciosa galería se pasa á la capilla real ó de los caballeros del Toison de Oro; adonde concurre lo mas escojido de la ciudad, para oir los oficios divinos que se celebran con gran pompa. El orígen de esta órden está representado sobre los tapices de la capilla, y se estableció del modo siguiente. Estando la España ocupada por los sarracenos, que en tenaz lucha batallaban con ilustres príncipes cristianos, se dice que Dios se apareció á un pastor, y que le entregó un gran vellocino de oro: con el importe de este vellocino se reunió un ejército, que combatió bizarramente á los enemigos de la fé. Muchos caballeros se alistaron bajo el estandarte que llevaba por divisa el Toison, y habiendo tenido feliz écsito esta espedicion religiosa, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, instituyó la órden del Toison de Oro en los Paises Bajos, el dia que se desposó con Isabel, hija del rey de Portugal, en la ciudad de Brujas, el año de 1429; y quiso que los duques de Borgoña fueran perpétuamente jefes de la órden.

Al salir de la capilla real se encuentran los grandes aposentos del gobernador, que ocupan toda la parte del edificio que dá frente á la puerta principal, edificados sobre las bóvedas de los pórticos. Al llegar á estas habitaciones es preciso que nos detengamos, y que penetremos en una cámara adornada con hermosos tapices de Bruselas, espejos venecianos, mesas de marmol de Carrara, sitiales de brocado verde, cortinas de damasco carmesí, y alumbrada por cuatro velas en un candelabro de oro.

Tres hombres están en esta sala, uno que acaba de llegar, y dos que han salido á recibirle con grandes muestras de respeto.

—Sentaos, señores, sin ceremonia, dijo á los dos el recien llegado, que pronto seguiré vuestro ejemplo.

Los dos caballeros se sentaron á la invitacion del recien venido, y éste tiró sobre un sitial su capa, puso su espada sobre una mesa, y sobre la empuñadura de la espada su sombrero de blanca pluma. Despues aprocsimó un sitial á los de los otros caballeros, y se reclinó en él muellemente. En tanto que descansa un poco para entrar en importantes discusiones, describirémos su persona.

Su frente tersa y despejada aparecia en toda su hermosura, porque sus cabellos castaños claros estaban echados hácia trás para disimular un remoli-

no que formaban en la sien izquierda: eran sus cejas muy pobladas, sus ojos vivos y radiantes, y su nariz de una hermosa correccion griega. Cubria á su labio superior un bigote bastante espeso, y el inferior un poco colgante descansaba sobre una pera corta y lijeramente rizada. El conjunto de sus facciones tenia una belleza varonil y un gracejo que seducian é imponian profundo respeto. De esbelto talle y alta estatura tenia continente marcial, y se distinguia en varios ejercicios de fuerza y destreza, pero muy particularmente en el manejo del caballo. Vestia un coleto de seda negra, calzon ajustado con trusas, gola con un cuello rizado, y un elegante ferreruelo. Una condecoracion pendia de su cuello, y esta condecoracion era el codiciadísimo Toison. Habia nacido en Ratisbona el 25 de Febrero de 1547, y contaba á la sazon treinta años, dos meses y seis dias. Se llamaba Don Juan de Austria, y su padre fué Carlos V.

El mas jóven de los otros dos tenia tambien gallarda presencia, y su semblante manifestaba la irreflecsion y la osadía, reunidas á un valor fogoso que no repara en los peligros. Se llamaba Octavio Gonzaga, y era capitan distinguido.

El tercero, de aspecto agradable y mirar penetrante y fijo, tenia gran nobleza en sus facciones, y dejaba entrever el valor que acomete arriesgadas empresas, conociendo antes el peligro: Juan de Escobedo se llamaba, y era español de nacimiento.

Estos dos personajes estaban vestidos de la misma manera que Don Juan de Austria, notándose mas luje en Gonzaga y mas gravedad en Escobedo.

Se acarició el austriaco la barba, y como hombre que rechaza algun pensamiento enojoso, dijo con acento festivo:

—Amigos mios, ¿en qué se han pasado las primeras horas de la noche?

—En fastidiarnos, repuso Gonzaga. No hemos tomado todavía la tierra, y los habitantes de Bruselas no nos muestran grande aficion.

—Si la muestran las habitantas no hay motivo de tener queja.

—No encuentro la menor diferencia, noble príncipe.

—Tampoco tenemos motivo para motejar de muy esquivos á los vecinos de Bruselas: me recibieron con fiestas públicas, y si te asomas á esa ventana verás que anuncian mi gobierno con brillante iluminacion.

—He pasado mas de una hora contemplándola, y aunque generalmente magnífica, he notado alguna escepcion.

—¿Quieres decírmela?

—Con mucho gusto; si tiene V. A. la bondad de aprócsimarse á esta ventana.

—Don Juan y Gonzaga se acercaron á la ventana, y el segundo prosiguió.

—A corta distancia y frente por frente tenemos esa informe masa de piedra, perteneciente al rebelde príncipe de Orange, y no hay en ella ni una luz. Ese palacio nos desafía envuelto en su manto de sombra.

—Estás equivocado, Gonzaga: ese palacio nos imita.

—Nosotros permanecemos en la obscuridad por modestia.

—Y él por vanidad. Es muy natural que dos hombres de tan encontradas ideas como Guillermo de Nassau y el gobernador de los Paises Bajos, se encuentren opuestos en todo. Pero con tanto como observas, ¿qué no has reparado otra cosa?

—Puede ser que no.

—¿Descubres desde ahí toda la iglesia de Kouvemberg?

—Perfectamente. Está radiante con sus vasos color de rosa.

—Pues siguiendo la misma línea, y casi contígua, ¿descubres una hermosa casa, tan silenciosa y tan sombría como el palacio de Nassau?

—La veo, señor, perfectamente; y en su mas alta torrecilla arde un hacha.

—¿Sabes, Gonzaga, á quién pertenece ese edificio?

—No lo sé, señor.

—Pertenece á maese Cornelio Estraten.

—Me parece que he oido ese nombre.

—Ya lo creo. Es muy conocido en Brusclas.

—Y tanto como le conozco. Es un terrible alborotador, regidor plebeyo de la ciudad y miembro de las *Nueve Naciones*.

—Efectivamente es el mismo.

—Pero lo que no sabe V. A. es que tiene una hija deliciosa.

—¿De veras?

—La mujer mas hermosa sin duda de las quince provincias.

—¿Es posible?

—Apostaria, señor, la cabeza.

—¿La has visto?

—Tres dias hace que estoy en Bruselas y la habré visto treinta veces.

—¿Estás enamorado?

—No sé; pero puedo decir que estoy loco.

—¿Te corresponde?

—No puedo asegurarlo.

—Yo no soy el confesor, Gonzaga; y un enamorado tiene secretos.

—Puedo asegurar á V. A. que si no me quiere bien á bien, soy capaz de entrar por asalto. . . .

—Reserva, Gonzaga, esos brios para las plazas fuertes de Holanda: hemos entrado aquí de paz y no me gustará recibir quejas. . . .

—Eso es otra cosa, señor: mas gana tengo de tomar una fortaleza al de Orange, que de poseer á la hermosa hija de maese Cornelio Estraten.

—Eso se llama hablar en razon. Vamos á despertar á Escobedo.

—Los dos jóvenes se alejaron de la ventana que les habia dado motivo á tan entretenida discusion: el príncipe dió una palmada á su secretario en el hombro, y le dijo:

—Juan de Escobedo; ¿me parece que no te diviertes en la capital del Brabante?

—No me falta entretenimiento, y desde mañana se aumentará en grande manera.

—Es verdad. Hoy me han reconocido los Estados generales, el senado y los tres consejos por gobernador general de la Flandes, y mañana entraré en el ejercicio de mi autoridad.

—La autoridad de V. A., dijo Gonzaga sonriyéndose, será raquítica y precaria, mientras tenga por único apoyo las espadas de seis caballeros y de los ochenta mosqueteros que manda el duque de Ariscot.

—Tiene tanta razon Gonzaga, añadió Escobedo á su vez, que serémos simples prisioneros en manos de unos cuantos rebeldes.

—Esa es la misma cantinela que me tuvísteis en Lucsemburgo, Namur y Lovaina: eso mismo me ha repetido ochenta veces el anciano conde de Mansfeld: ¿pero qué quereis que haga, señores? Mi hermano me envió á las Alpujarras y me dijo: *Vence á los moriscos:* los vencí. Mi hermano me hizo generalísimo de la invencible armada de la liga, y me dijo: *Vence á los turcos.* Gané la batalla de Lepanto, conquisté las ciudades de Tunez y Bisserta; y volví á Italia como volvian los cónsules, los dictadores, los Augustos y los Trajanos, seguido de muchos millares de cautivos moros y de cristianos que lo eran: presenciando mi triunfo el rey Amidas, para que nada faltase á él. Mi hermano me ha dado el gobierno de las provincias sublevadas; me ha dicho: *Llévalas la paz:* envainé la espada, señores, y me presenté con la oliva.

—Han ido arrancando sus hojas, y cuando no quede mas que el tronco lo romperán con cruel escarnio.

—Junto al tronco estará mi mano.

—¡Sabe Dios!

—¿Qué, Escobedo, qué sabe Dios?

—Si querrán golpearla.

—Eso no, mientras yo respire. Mi mano sola y desarmada ahogará los quince cuellos juntos de esas hidras que se alimentan con el veneno de Calvino; mi mano sola y desarmada desplomará esas siete torres que destellan como brillantes meteoros; pues no es tan fácil, Escobedo, golpear la mano de Don Juan de Austria.

—Antes de tocarla, señor, quitarán la vida á Escobedo.

—Y tendrán que pasar sobre el cuerpo de Octavio Gonzaga.

—Gracias, amigos mios: conozco vuestro afecto y vuestra lealtad. Tambien conozco los peligros que de todas las partes me rodean; ¿pero de qué modo evadirlos? Es la voluntad de mi hermano que me entregue con las manos atadas á sus enemigos y á los mios: puede ser que algun dia se arrepienta, pero mientras llega este dia, es preciso cumplir sus órdenes, someterse á su voluntad; obedecer y no quejarse.

—Mejor hubiera sido, señor, que hubiera renunciado V. A. el gobierno de los Paises Bajos.

—¿Estás delirando, Gonzaga? Cuando mi hermano Felipe manda, no deja lugar á la eleccion. ¿Qué cuestiones has tocado, Octavio? Yo mismo temo darme cuenta de mis amargos pensamientos, yo mismo temo revelarme lo que descubre mi razon. Si hubiera querido Felipe negociar la paz con los flamencos, sin otra idea muy en consonancia con su política rastrera, hubiera buscado un negociador menos belicioso que Juan de Austria; pero su principal idea ha sido mancillar mi gloria, encomendándome una mision imposible de realizar, haciéndome odioso á los flamencos, y presentándome ante la Europa como afortunado aventurero, que no maneja mal la espada, pero que absolutamente carece de las cualidades necesarias para gobernar á otros hombres. Ha querido poner á prueba mi paciencia, persuadido que los desacatos de los flamencos me obligarán á sacar la espada, y calculando que entregado á mis propias fuerzas, sin dineros y sin soldados, perderé la vida ó la honra: pero ¡vive Dios! que se engaña. Pondré tanta nieve, amigos mios, sobre el fuego de mi valor, que conservaré por algun tiempo el *edicto perpétuo*, para que el mundo entero vea que Juan de Austria sabe dominar sus pasiones, y poner freno hasta á la insaciable sed de gloria que siente desde que nació. Por lo demas, ya descubro un puerto para no temer las borrascas.

—¿Cuál es ese puerto, señor?

—El claustro.

—¿Es posible?

—Sí, amigos mios; quiero cumplir en algun modo la voluntad de mi ilustre padre, imitando tambien su ejemplo. El emperador de Alemania, rey de España, sus Indias, Nápoles y las dos Sicilias, duque de Milan, señor de Flandes y otros estados, se despojó de sus coronas, rompió sus cetros, envainó su triunfante espada y vistió la humilde cogulla: yo, que no poseo un palmo de tierra, que no tengo cetros ni coronas, á quien consideran ambicioso no poseyendo un solo estado ni llevando un título de honor; yo abandonaré tambien el mundo, para buscar en una celda el reposo que necesita mi lacerado corazon.

—El emperador, vuestro ilustre padre, dijo Gonzaga, dejó el cetro á los cincuenta y cinco años de edad, agobiado por las dolencias que crudamente le aquejaban; pero vos, jóven y robusto, no debeis pensar. . . .

—Si cuando mi padre dejó el imperio hubiera yo contado, Gonzaga, veinte años, mi frente ceñiria una corona; pero tenia nueve nada mas, y mi padre, que conocia bien á su hijo Felipe II, creyó prudente dedicarme al sacerdocio. Nunca, nunca hubieran tocado mis manos una espada; nunca hubiera oprimido los lomos de un corcel; nunca hubiera embrazado un escudo. . . .

—¿Y el dia de Lepanto, señor?

—Calla, Gonzaga; que acordándome de mi casco me pesará mas la cogulla.

Con estraordinaria amargura pronunció el valeroso príncipe estas fatídicas palabras: sus ojos vivos y radiantes se fijaron en el pavimento, sin brillo; su frente, altiva y despejada, se surcó de profundas arrugas; sus labios quedaron fruncidos, y los latidos de su pecho se precipitaban como las olas de las mares embravecidas. Cada pensamiento era un tósigo, cada recuerdo era una herida. Dios solo podia valuar los sufrimientos de aquel alma, á

quien habia dicho Felipe, como el Hacedor al Océano: "Agítate, lucha, forceja; pero no quebrantes el límite que te ha puesto mi voluntad."

Mucho tiempo hacia que Escobedo meditaba profundamente, y Octavio Gonzaga, conmovido con las palabras del austriaco, tampoco se hallaba dispuesto á interrumpir aquel silencio solemne y fatídico á la par. A graves y tristes reflecsiones podia dar lugar el aspecto de aquella ciudad iluminada, comparándolo con las personas que recibian y hacian el festejo. En primer lugar, un gran número de los que se habian estremado en el adorno de sus casas, odiaban al gobernador, como á delegado de Felipe y como á cristiano caballero; y en segundo, D. Juan de Austria veia con espanto la gran carga que habian puesto sobre sus hombros, sin dejarle mover las manos para sostenerla en equilibrio.

Meditabundos continuaban el austriaco y sus compañeros, cuando un paje penetró en la estancia, y dirijiéndose á D. Juan, le dijo con profundo respeto:

—Señor, el conde de Lalain y el baron de Hesse, piden permiso para presentarse á V. A.

Al oir estos nombres Escobedo, cambió una mirada con Gonzaga; D. Juan arrugó el entrecejo y dijo al paje:

—Dí á esos señores que pueden entrar cuando gusten.

El austriaco se levantó, Escobedo y Gonzaga le imitaron, y Hesse y Lalain aparecieron en el umbral. El semblante del príncipe habia cambiado enteramente, teniendo la suave espresion de la confianza y la bondad.

—Perdonad, señor, dijo Hesse, si incomodamos á V. A. á hora bastante intempestiva; pero en cierto modo nos disculpan las graves y muchas atenciones que continuamente nos rodean.

—Nada tengo que perdonar: mis amigos pueden visitarme á las horas que mejor les plazca, y desde mañana, que empiezo á ejercer mis nuevas funciones, todo ciudadano de Bruselas encontrará mis puertas francas á la hora que mejor le cumpla.

—El dia de mañana, señor, será para todo el Brabante de un estrordiario placer.

—Haré cuanto pueda, señores, para consolidar la paz en estas hermosas privincias, promoviendo los intereses generales, y no descuidando el particular de los que presten ó hayan prestado grandes servicios á S. M. y al pais.

—Mañana, dijo Lalain, puede inaugurar V. A. su gobierno con actos que satisfagan las esperanzas concebidas por los Estados y por el pais en general.

—¿Si tuviérais la bondad, conde, de indicarme algunas medidas?

—V. A. puede leer esta reverente peticion, y quizás encuentre en ella algunas leves indicaciones, que sancionadas por V. A., serán un magnífico. . .

—¿Principio de gobernar á los flamencos?

—V. A. mismo juzgará.

El austriaco tomó el pergamino que las peticiones contenia, lo leyó detenidamente, y sonriéndose contestó:

—Hubiera creido mas conveniente hacer al pueblo algunos beneficios materiales; pero si los Estados creen que necesitan poner claros sus privilegios ó derechos, no desecharé sus peticiones.

—Escarmentadas las provincias con el poco respeto que muchos de los antecesores de V. A. han tenido á sus privilegios, han creido prudente cimentarlos sobre sólidas y anchas bases, no dejando nada al arbitrio y mala ó buena voluntad de los sucesores de V. A.

—Yo creia que el *edicto perpétuo* era bastante garantía.

—No hay duda que en él están fijas las principales bases; pero. . . .

—Bien, conde: estoy muy dispuesto á satisfacer á los señores diputados. Tomad, baron, el pergamino, é id leyendo capítulo por capítulo, para dar respuesta á todos ellos. Tú, Escobedo, toma una pluma y vé anotando mis respuestas en cualquier pedazo de papel, que quiero entregarlas mañana con la mayor solemnidad á los señores diputados.

El baron tomó el pergamino, y Escobedo se colocó, por casualidad ó de intento, en la misma mesa sobre la cual habia puesto D. Juan poco antes su rica y triunfadora espada.

—Leed, señor baron, dijo el austriaco colocándose enfrente de él y apoyándose sobre la mesa.

El baron de Hesse vaciló un momento, pero animado por una mirada de Lalain, empezó en los términos siguientes:

—Capítulo primero: Deseamos que aleje de su compañía á cuantos estranjeros le rodean, para que mal no le aconsejen.

—Adelante: dijo D. Juan.

—Capítulo segundo: Pedimos que permita á los Estados generales estar congregados en Bruselas todo el tiempo que crean conveniente, que cuanto antes convoque junta general de las provincias, y que ejecute sus decretos.

—Me place que los Estados generales continúen reunidos todo el tiempo que consideren necesario, aunque al mismo tiempo deseo que abrevien cuanto les sea posible, para convocar en seguida la junta general de las provincias: dictó el príncipe D. Juan á Escobedo.

—Capítulo tercero: Pedimos que los Estados generales puedan conservar los soldados que tienen levantados á su costa, mientras lo juzguen oportuno.

—Pueden conservar los soldados, siempre que acaten, como deben, la autoridad real, representada por el gobernador de las provincias.

—Capítulo cuarto: Pedimos que confirme á los diputados en el ejercicio de sus funciones, hasta que reunan el dinero necesario para pagar los muchos créditos que tienen en contra.

—Los confirmo, como he dicho antes, en el ejercicio de sus funciones: pueden arbitrar todos los medios que crean convenientes para reunir fondos, sin sobrecargar á determinadas provincias.

—Capítulo quinto: Pedimos que los diputados de cada provincia puedan reunirse en su capital sin consentimiento del gobernador de la misma.

—Antes de reunirse los diputados de cualquiera provincia, darán parte al gobernador general, como es de ley y de costumbre.

—Capítulo sesto: Pedimos que apruebe la *liga* entre nosotros efectuada, y que la confirme por decreto del consejo de estado.

—Apruebo y aplaudo de la liga todo lo concerniente á la religion católica, á la ejecucion del *edicto perpétuo* y conservacion de los privilegios de los Estados.

—Capítulo séptimo: Pedimos la pronta salida de los soldados españoles.

—He comunicado mis órdenes muy terminantes, y bajo la conducta del conde de Mansfeld, se encuentran camino de Italia los tercios castellanos.

—Capítulo octavo: Pedimos declare, que en virtud del capítulo quinto del *edicto perpétuo*, se restituya á cualquier Estado el privilegio, libertad ó uso de que hubiere sido despojado.

—Quiero que si alguna provincia, ciudad ó pueblo tiene perdido algun buen uso ó privilegio, lo pida, porque se lo restituiré en breve y con la mayor voluntad.

—He leido el último capítulo, y nada mas tengo que añadir: dijo entonces el baron de Hesse.

—¿Habréis notado, baron de Hesse, que no he contestado al primero? repuso D. Juan.

—Y era, señor, dijo Lalain, el mas importante quizás.

—Estais equivocado, conde; y aunque no contesto por escrito, por juzgarla trivial ecsijencia, os contestaré de palabra. El que despacha, con la rapidez que lo he hecho, un tan importante negocio, no necesita consejeros que le inclinen á mal obrar: y por tanto, los pueblos de Flandes no tienen nada que temer de los poquísimos estranjeros que se agrupan á mi alrededor. Pocos son, señores, muy pocos: podeis contarlos, si quereis. Juan de Escobedo, mi secretario; Octavio Gonzaga, mi amigo; Andrés de Prada, Juan Bautista de Tarsis, y una docena de criados. Ya veis que con esta falanje, y los ochenta mosqueteros de mi guardia, á las órdenes de Ariscot, flamenco de gran nombradía, no conquistaré ningun imperio. ¿No lo creeis así, baron de Hesse?

—V. A. tiene razon: replicó el baron sonriyendo.

—Por lo demás, prosiguió D. Juan, podeis anunciar á los diputados la respuesta que tendrán mañana oficialmente; asegurándoles al mismo tiempo, que siempre me hallarán dispuesto á satisfacerlos en todo cuanto pueda contribuir al bien general de las provincias.

—Repetirémos las palabras que hemos tenido la honra de oir de los labios de V. A.: y siendo mas de media noche, creemos prudente retirarnos para no impedir. . . .

—He pasado alguna parte de mi vida en los campamentos, y descanso cuando nada tengo que hacer. Hemos terminado la discusion de los intereses generales; pero quiero llenar un deseo antes que amanezca, señores.

El baron y el conde guardaron un silencio de asombro ó duda, y D. Juan prosiguió:

—Vos, baron, habeis tenido mucho tiempo el mando militar de Bruselas, prestando en él grandes servicios, y al dejarlo es justo que S. M. os recompense. Aquí teneis un privilegio por el cual se os consigna, sobre las rentas de la corona, una pension vitalicia de seis mil florines; y aquí teneis el primer acto de autoridad que ejerzo en Bruselas, baron.

D. Juan entregó un pliego al baron, y dirijiéndose á Lalain, prosiguió diciendo:

—Vos, conde, habeis ejercido en lo civil el mismo omnímodo poder que el baron en lo militar, y al despojaros de funciones tan estimadas é importantes mereceis una recompensa en consonancia con vuestro mérito. Este pliego encierra vuestro nombramiento para consejero de estado; y es el segundo acto de autoridad que tengo el gusto de ejercer.

D. Juan entregó un pliego á Lalain, y continuó:

—Ahora, señores, podeis disfrutar el reposo que quizás os es necesario.

El baron y el conde saludaron al jóven príncipe con muestras de agradecimiento, y se alejaron de la estancia.

—¿Qué dices, Gonzaga, de estos hombres? preguntó el austriaco á su amigo.

—Que son los mas pérfidos enemigos de S. M. y de V. A.

—Los he halagado, como has visto, pero han sentido mucho el trueque.

—Efectivamente no les habeis dado lo que merecen, pues debian ocupar los puestos de los condes de Egmont y Horn (1).

—¿Por qué te has colocado, Escobedo, en esa mesa, embarazada con mi espada y mi sombrero, prefiriéndola á cualquiera otra?

—Para recordar á esos señores, que cuando acaben de deshojar el ramo de oliva de Felipe II quedará la espada de D. Juan.

CAPÍTULO III.

UNA PALABRA IMPORTANTE.

Ya hemos dicho que el palacio del príncipe de Orange se hallaba en lo mas alto de la ciudad, y á corta distancia del palacio del gobernador.

Sus torres y sus pabellones, ennegrecidos con ese barniz que prestan los años á la piedra, atestiguaban su antigüedad, sin recurrir á su arquitectura ni á un letrero casi imperceptible, que remontaba su construccion á mediados del siglo XI. Su dueño, Guillermo de Nassau, no lo habitaba á la sazon, pues gobernando en nombre de Felipe II las provincias de Holanda y Zelanda, se habia formado una especie de corte, tenia un ejército numeroso, y mandaba despóticamente en aquella parte de los Paises Bajos españoles. El nombre de Felipe II era un especioso pretesto, pues á mas de no reconocer la autoridad del gobernador general, levantaba un muro entre los súbditos y el rey, esten-

(1) Los condes de Egmont y de Horn, fueron decapitados en Flandes de órden del gran duque de Alba.

diendo como un apóstol, y como un monarca protejiendo la naciente secta de Calvino.

Aunque seriamente ocupado en cuidar del pequeño reino que se iba formando poco á poco, no renunciaba á la influencia que habia ejercido poco antes en las otras quince provincias; llevando tan lejos su plan, que pensaba formar con ellas una república ó un reino enteramente independiente de los monarcas españoles: importándole poco la forma, con tal que adquiriera realmente una omnímoda autoridad.

No queriendo poner su persona á merced de D. Juan de Austria ni de los Estados generales, pues el calvinista no contaba con las simpatías de los católicos; preparaba sus maquinaciones á distancia, y tenia en Bruselas á Felipe de Marnis, hombre de intrigas y de accion, para que llevara á buen término sus cautelosas y viles tramas. Felipe creyó conveniente, para aumentar su autoridad con los partidarios de Orange, alojarse en el palacio de Nassau, y desde él dirijia sus tiros al indefenso D. Juan de Austria.

Despues de su visita á Estraten, volvió al magnífico palacio con vivas señales de disgusto, por no haber logrado del herrero lo que parecia interesarle. Cruzó el atrio pausadamente, subió la magnífica escalera, atravesó una gran galería, tapizada con los retratos de cuerpo entero de la familia de Nassau, y entró en una gran biblioteca, rica en preciosos manuscritos, cuidadosamente recojidos por algunos príncipes de Oranje.

Durante su marcha habia perdido una parte de su mal humor, pero parecia preocupado con nuevos y sombríos proyectos. Arrojó sobre una ancha mesa su sombrero de grandes alas, y echándose de bruces en el mampirlan de una ventana, paseó sus miradas inquietas por aquella ciudad de luz, que se reclinaba á sus piés. Poco llamaron su atencion las torres de las siete iglesias, contentándose con dirijirlas una sonrisa de desprecio; pero otro punto luminoso agolpó la sangre á sus mejillas, tan pálidas ordinariamente, é hizo brillar sus ojos redondos y azules, como brillan los del feroz gato montés; porque formaban el grupo luminoso varias galeras españolas. Como herido de tanta luz volvió su cabeza con ira, y descubrió la masa negra y silenciosa del palacio del gobernador, mas elevado que el de Orange, y que parecia decirle: "Puedo hundirte, aunque sea en mi propia caida."

A la vista de este palacio rechinó los dientes con furia, se retiró de la ventana, tomó una pluma, escribió dos ó tres palabras; mas interrumpiéndose de improviso, dijo:

—No es tiempo todavía; esperaré que vengan y entonces....

Ahogó una frase entre sus labios, puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en sus manos, y permaneció mas de una hora en profunda meditacion. Como por impulso magnético se levantó repentinamente y asomó de nuevo á la ventana. El aspecto de la ciudad notablemente habia variado. Las luces se iban apagando con mas ó menos rapidez, y en los brillantes trasparentes quedaban unos surcos negros semejantes á las arrugas que traza la mano del tiempo en el rostro de una beldad. Una sonrisa de desden plegaba los labios de Felipe, al ver como disminuian aquellas antorchas de fiesta, y le halagaba el triste aspecto que iba tomando la ciudad; muy semejante al de un cementerio escasamente iluminado por el huérfano y la viuda en aniversario funeral.

El reloj de San Nicolás señaló las doce; Felipe se retiró de la ventana, y tomó asiento en la misma silla que habia ocupado poco antes. Un lijero ruido de pasos empezó á oirse al estremo de la galería, Marnis fijó toda su atencion, y dijo con tono impaciente:

—Oigo los pasos de tres personas, y deben venir dos no mas.

Los pasos cesaron y la puerta de la biblioteca se abrió, apareciendo en ella el baron de Hesse y el noble conde de Lalain.

—Me habré equivocado, murmuró Marnis, y continuó dirijiéndose á los recien llegados: Señores, me habeis hecho esperar lo bastante para poner á prueba mi paciencia.

La puerta no se habia cerrado; un tercer personaje apareció en ella y dijo con aire risueño:

—Buenas noches, Felipe de Marnis.

Felipe vaciló un momento, y replicó tranquilamente.

—Buenas noches, duque de Ariscot.

—¿No me esperabais?

—No por cierto: pero tampoco me sorprende que acompañeis á estos señores.

—Me invitaron á venir á veros y he condescendido con gusto.

—¿No se ofenderá D. Juan de Austria?

—¿Por qué?

—Como soy calvinista, y él y vos sois buenos católicos.

—Dejemos, Felipe, esas cuestiones.

—Como querais, duque de Ariscot. ¿Qué hay de nuevo?

—El baron y el conde, que vienen de hablar con el gobernador, podrán darnos buenas noticias.

—Con efecto, dijo Lalain. Hemos presentado á S. A. la peticion de los Estados.

—La habrá recibido con su amabilidad de costumbre, y guardado para no hacer despues caso de ella.

—Os equivocais de medio á medio.

—Habrá llevado su condescendencia hasta leer algunos renglones.

—Mucho mas.

—Habrá hecho el esfuerzo inaudito de leerla toda.

—Mas, Felipe.

—Esplicaos por Dios, noble conde, que me vais poniendo en cuidado.

—Despues de haberla leido atentamente, la entregó al baron de Hesse, y le dijo que repitiera la lectura.

—¿El baron leyendo? ¡Vive Dios que esto va picando en historia!

—La leí capítulo por capítulo, replicó el baron, ofendido de que Marnis se chanceara sobre su modo de leer.

—¿Y el príncipe tuvo la paciencia de escucharos atentamente?

—El príncipe fué dando respuesta á sus capítulos uno por uno.

—¿De veras, baron?

—De veras, Marnis.

En el semblante de Felipe se retrató una estraordinaria ansiedad, y preguntó con mas instancia:

—¿Qué ha dicho el príncipe?

—Ha concedido.

—¿Todo?

—Con una modificacion y una reticencia.

—Sepamos.

—La modificacion consiste, en que las juntas provinciales no tendrán efecto, sin dar parte al gobernador general.

—Está apoyado en la costumbre.

—Así lo ha dicho en su respuesta.

—¿Y la reticencia?

—La reticencia es, que nada habla de los estranjeros que le rodean.

El rostro de Felipe de Marnis fué tomando todos los colores del íris, pues condescendiendo Don Juan de Austria con cuanto pedian los Estados, no encontrarian sus enemigos un pretesto para malquistarlo con los representantes del pais, y principalmente con el pueblo. Esta idea atormentaba á Marnis, y como el náufrago que busca una tabla, por frágil que sea, preguntó al baron:

—¿Esa respuesta no la habrá dado por escrito?

—Os equivocais nuevamente; se la notó á su secretario, que la fué escribiendo en buena letra, y mañana será entregada á los Estados generales.

—¿A qué hora?

—Despues del *Te-Deum*, dijo Ariscot, que ha de cantarse en Santa Gudula.

—No me acordaba, señor duque, que sois el capitan de la guardia de S. A. ¿Sabeis algunos pormenores sobre la funcion?

—Sí, por cierto. Acabado que sea el *Te-Deum*, habrá un magnífico refresco en la sacristía de la iglesia.

—¿Y habrá algo notable en él?

—Una cosa muy insignificante en verdad, pero que encerrará un recuerdo muy grato para el jóven príncipe.

—¿Alguna sorpresa?

—Un pequeño turbante de huevos moles, igual en todo al que llevaba el capitan Bajá en la batalla de Lepanto.

—¿Habeis dicho, si no me engaño, que el turbante será pequeño?

—Solo comerá de él el príncipe.

—¿Y quieren que lo apure todo?

—Ciertamente.

—Para significar que destruye el imperio de la media luna. Hay reposteros ingeniosos, que merecian ser gobernadores de las quince provincias reunidas. ¡Qué buenas cosas puede saber un capitan de mosqueteros!

—¡Si supiérais todas las que yo!

—¿Tanto sabeis?

—Sé las dos primeras gracias que el príncipe ha resuelto hacer en uso de su autoridad.

El baron y el conde cambiaron una mirada de despecho.

—Recaerán sin duda, dijo Marnis, sobre los menguados estranjeros.

—Os equivocais de medio á medio, usando la misma palabra que el baron y el conde hace poco.

—¿Pues en quiénes recaen?

—En dos flamencos.

—¿Me diréis sus nombres?

—Al instante: la primera, que consiste en seis mil florines de pension, recae en el señor baron de Hesse; y la segunda, mas moderada, pues es un despacho de consejero, en el conde de Lalain.

Felipe lanzó una mirada de desconfianza á los dos nobles agraciados, y dijo:

—Guardabais, señores, una nueva tan agradable de un amigo nada envidioso.

—Ha prevenido nuestros deseos el señor duque de Ariscot, respondió el conde de Lalain.

—Vale mucho un amigo oficioso, replicó Marnis con malicia: y levantándose de su asiento, se asomó de nuevo á la ventana.

—¿Qué mirais? preguntó el baron.

—El reloj de San Nicolás, que marca la una.

—Y nos recordais que es hora de dormir.

—No hay duda que se va haciendo un poco tarde.

—Pues hasta mañana, amigo mio.

—Hasta mañana, caballeros.

El duque saludó á Felipe, y le dijo en tono sarcástico:

—Cuando necesiteis algunas noticias, preguntadlas al capitan de la guardia del príncipe.

Salieron los tres caballeros, Marnis tomó el mismo papel en que habia trazado algunas palabras, y prosiguió escribiendo:

"Para las ocho de la mañana un turbante de hue-
"vos moles, en todo igual al que ha de servirse
"mañana en el templo de Santa Gudula."

Despues agitó una campanilla de plata, y dijo á un criado que se presentó:

—Lleva esta carta á la torre de los *Tres Cipreses*, y entrégala á maese Genaro.

—Estará durmiendo.

—No importa.

—¿Y si no responde?

—Pronuncia mi nombre en voz alta.

—Haré, señor, lo que mandais.

En este momento se oyó la voz del conde que gritaba:

—¡Os habeis perdido, señor duque!

—¿Has oido una voz? preguntó Marnis.

—Será el grito de alguna corneja que revolotea á su sabor en los torreones deshabitados.

—Bien puede ser: vé dilijente y traeme pronto la respuesta.

El criado se inclinó con respeto, cruzó un obscuro pasadizo, bajó una tortuosa escalera, y saliendo por una puertecilla estrecha, desapareció entre las frondosas alamedas que formaban las avenidas